

niega, en negar lo que no se afirma, ó como se dice en términos familiares, en salirse de la cuestión.

Si en la petición de principio se toman por distintas, proposiciones en substancia idénticas, en la *ignoratio elenchi* se toman por idénticas proposiciones distintas, violando, tanto en un caso como en otro, el principio de identidad.

La falacia de que hablamos ahora es muy común en las discusiones públicas, ya habladas, ya escritas; ya á sabiendas, ya inconscientemente, incurren en ella los abogados, que alegan ante un jurado, produciendo así el embrollo y la confusión en el auditorio y en los jueces.

Mill toma los siguientes ejemplos á la Lógica de Whately: "En lugar de probar que el acusado ha cometido un crimen atroz, probais que se le acusa de un crimen atroz. En vez de probar, como en el cuento tan conocido de Ciro y los dos trajes, que el muchacho más grande tenía derecho de obligar al otro á cambiar de ropa con él, probais que el cambio fué ventajoso para los dos. En vez de probar que un infeliz debió ser socorrido de un modo más bien que de otro, probais que debió ser socorrido. En lugar de probar que un irracional (animal ó loco) no puede abstenerse de un acto por temor al castigo, (por ejemplo, abstenerse un perro de morder á la oveja por temor de ser apaleado) probais que cuando se apalea á un perro no escarmentan otros perros."

§ 3.—En los sofismas nociológicos mixtos se ejecuta mal aquella operación, esencialmente lógica, que consiste en establecer el acuerdo ó concordancia entre lo objetivo y lo subjetivo, en lo cual consiste esencialmente la verdad. Los sofismas de esta categoría son muy numerosos, son por decirlo así, de carácter sistemático, es decir: engendran ó inspiran sistemas de ideas que vician radicalmente nuestra concepción de la Naturaleza, y nos colocan en un mal camino cuando queremos llegar á la verdad. El hombre creyó por mucho tiempo que su espíritu era un espejo que reflejaba fielmente las cosas, que las ideas, no siendo más que la fiel imagen de los objetos, operar con ellas era lo mismo que operar con éstas, que para conocer el mundo exterior y las leyes que le rigen, bastaba recogerlos dentro de nosotros mismos, bastaba meditar, prestando el más atento oído á esas voces interiores que, como oráculos, nos habían de revelar la verdad.

De aquí provino la creencia que todo lo que es evidente es cierto, que todo lo que es absurdo, no porque implique contradicción en los términos, sino porque no podemos concebirlo, es falso; que cuando el espíritu puede considerar separadamente dos ideas, los objetos que á ellas corresponden están separados en la Naturaleza. Esta última fuente de errores engendró el realismo, ó sistema que consiste en personificar las abstracciones, en considerar, como fuerzas ó agentes naturales distintos é independientes, á lo que no es más que una cualidad común, reconocida por generalización.

Descartes fué el filósofo, que de una manera más general, más franca y más terminante, proclamó el criterio de la evidencia, y esto explica la pronta propagación de su filosofía, que lisonjeaba la vanidad humana haciendo creer al hombre que llevaba en sí los gérmenes de toda verdad; esto explica también la eficacia del cartesianismo como crítica del pasado, pues se desecharon como falsas, entre las tradiciones que había legado, todas las que parecieron absurdas. La misma circunstancia explica aún la ineficacia de la filosofía de Descartes como doctrina de reconstrucción. Poderosa para destruir es muy débil para edificar, pues el libre examen que autorizaba, y el criterio subjetivo que proclamaba, eran un ariete poderoso, puesto en manos de cada uno, para asestar tremendos golpes á las pesadas construcciones del pasado.

Todos se apresuraban á acudir á la obra de demolición, pues es lisonjero y cómodo derrocar principios con sólo meditar sobre ellos y declararlos absurdos, en vez de consultar y comentar textos, ó de ejecutar difíciles experimentos, ó de comparar entre sí largas series de hechos. Mas lo evidente, como todo aquello que es subjetivo, varía de un individuo á otro, lo que á uno parece tal puede parecer simplemente cierto al de más acá, y aun absurdo á una tercera persona.

El criterio de la evidencia resultó, pues, anárquico, unidos sus campeones para demoler se desunían en el momento de reconstruir, pasó en el dominio filosófico lo que un siglo antes había sucedido en el religioso, el libre examen poderoso y eficaz para atacar al catolicismo, fué inhábil para formular una religión aceptable por todos, y sólo produjo la multiplicación indefinida de las sectas.

En nuestros días, y por uno de los movimientos de ideas

más singulares, hemos podido contemplar uno de los más notables ejemplos del sofisma que estamos estudiando, dado por uno de los pensadores contemporáneos más vigorosos, más fecundos y más sistemáticos. Hablamos del filósofo inglés Herbert Spencer. La gran boga que han adquirido las obras de este gran pensador, debido á la notable penetración de su espíritu, á la mágica claridad de su estilo y á la multitud inagotable de ejemplos, y hechos científicos con que aclara y en los cuales funda su doctrina, hacen que el sofisma en que incurrió, amparado por la inmensa autoridad de su bien prestigiado nombre, sea un verdadero peligro no sólo para las inteligencias juveniles, sino aun para los espíritus maduros.

Queremos hablar de la doctrina del postulado universal, ó fundamento único de certeza, propuesto por Herbert Spencer y que no viene á ser más que un remedo, ó trasunto del criterio de Descartes, siendo lo verdaderamente singular del caso, que el pensador inglés llegó á este resultado por el camino que menos hubiera podido esperarse, y partiendo de consideraciones completamente distintas á las que movieron el ánimo del pensador francés.

Descartes consideraba la evidencia como una promesa que nos hace el mismo Dios, grabándola en nuestro espíritu, de que ciertos principios han de ser universal y eternamente ciertos, y como la infinita bondad de Dios hace imposible admitir que pudiera engañarnos, debemos fiar de un modo completo en su promesa. Herbert Spencer admite la experiencia como el único origen del conocimiento, como la fuente de todas nuestras ideas, y su entusiasmo por el origen experimental del saber es tan grande, que no sólo admite la experiencia individual, sino también la experiencia de la especie que, á través de las generaciones, se trasmite hereditariamente hasta un individuo determinado. Opina que la irresistible tendencia que nos induce á creer en los axiomas depende, no sólo del inmenso caudal experimental acopiado por el individuo durante su vida, sino de la enorme experiencia de nuestros antepasados, que se trasmite en nosotros bajo la forma de inclinación ó disposición á creer.

Para Spencer, pues, las ideas son vestigios de las cosas, las relaciones entre las ideas son la huella, la copia de las relaciones entre las cosas correspondientes á tales ideas; cuando

dos fenómenos se encuentran indisolublemente unidos en la experiencia, sus ideas se encuentran indisolublemente unidas en la conciencia, y cuando otros dos nunca se han unido en la experiencia, sus ideas tampoco pueden unirse en la conciencia. Por esa razón no podemos pensar en el color sin pensar en la extensión, porque ambos fenómenos están constantemente unidos en nuestras experiencias.

De aquí infiere Spencer que cuando nos es imposible concebir lo contrario de una proposición, ésta es necesariamente cierta, pues la unión indisoluble de las ideas enlazadas en ella, demostrada por la inutilidad de nuestros esfuerzos para desunirla, prueba que los fenómenos correspondientes á esas ideas están invariablemente unidas en la experiencia.

Tal es la famosa doctrina de la inconcebibilidad de lo contrario, propuesta por Herbert Spencer como postulado universal, ó principio único que garantiza toda creencia; la palabra postulado, tomada á la geometría de Euclides, se aplica con feliz acierto al principio fundamental de la creencia. Nosotros mismos hemos imitado este ejemplo en la primera parte de esta obra, al llamar postulados á los axiomas ó principios que sirven de base al conocimiento.

Mas al declarar Herbert Spencer postulado universal á la inconcebibilidad de lo contrario, interpretó sofisticamente las relaciones entre el objeto del conocimiento y su sujeto, pues si es verdad que la unión indisoluble de dos fenómenos produce una asociación indisoluble también, entre las ideas correspondientes, la recíproca no es verdadera; otras causas distintas de la experiencia y enteramente subjetivas, como ciertos hábitos intelectuales, el influjo de las doctrinas admitidas, etc., pueden crear entre las ideas asociaciones indisolubles que nada tienen que ver con la experiencia.

Por otra parte, aun para admitir la proposición directa hay que hacer una restricción, pues para que la constante unión de dos fenómenos engendre una asociación indisoluble, se requiere que esa unión no sea desmentida por falsas apariencias, pues si tal sucede, ya no habrá asociación indisoluble de ideas. Esto se comprueba con lo que pasa en la forma corpórea y la resistencia, de hecho en nuestras experiencias ambas están constantemente unidas, pero como existen apariencias que en ocasiones encubren la unión, resulta que las ideas co-

rrespondientes no se asocian indisolublemente en nuestro espíritu. Así, aunque toda materia sea resistente, esta cualidad es muy poco perceptible en los cuerpos gaseiformes, de lo que resulta que una masa de vapor de agua ó de humo, presenta la forma de un cuerpo sin ofrecer una resistencia apreciable. Además, ciertos fenómenos luminosos realizan formas corporales *sine materia*, de todo lo cual resulta que nuestro espíritu pueda concebir formas corporales que no ofrezcan resistencia como sucede con las ideas de sombras, de fantasmas, de espectros.

## SEGUNDO GRUPO.

## SOFISMAS LOGOLOGICOS.

§ 1.—Los sofismas logológicos forman el segundo grupo de nuestra clasificación, son un vasto conjunto de falacias que provienen del lenguaje, violando ya las doctrinas de la Logología, ya los preceptos que se derivan de ellas. Subdividiremos el grupo en otros cuatro: el primero, que denominaremos sofismas puramente verbales, consiste en interpretar mal la significación de las palabras; el segundo, que llamaremos sofismas de equivalencia, consiste en infringir los preceptos de la inferencia inmediata; el tercero, que denominaremos sofismas de incompatibilidad, consiste en violar las reglas que marcan cómo y hasta qué punto una proposición excluye á otra; y el cuarto, á que daremos el nombre de sofismas silogísticos, comprende todós aquellos que resultan de no observar las reglas del silogismo.

A la cabeza de los sofismas puramente verbales colocaremos el que fué conocido desde la antigüedad con el nombre de sofisma de anfibología, ó de palabras equívocas; tal falacia fué clasificada por Mill entre los sofismas de confusión, es una de las más frecuentes, y consiste en considerar como una misma cosa las dos, ó más acepciones, que tenga una palabra general, induciéndonos á un raciocinio vicioso, en el cual en una parte de él se emplea la palabra equívoca ó ambigua en un sentido, y en otra en otro, y se concluye como si los dos sentidos fuesen uno solo.

En las ciencias perfectamente constituidas como en Matemáticas, sobre todo, y en Física, Química y Ciencias Biológicas, en que las voces técnicas han sido cuidadosamente definidas y expurgadas de toda anfibología ó equívoco, hay muy poco peligro de incurrir en este sofisma. No sucede lo mismo en las ciencias morales y políticas, en que las palabras tienen frecuentemente más de un sentido, corriendo el argumentador el riesgo de confundir una acepción con otra.

Mill cita como ejemplo de esta falacia, el siguiente argumento de Descartes, para probar la existencia de Dios: "La idea (dice Descartes) de un ser infinito prueba la existencia real de este Ser, porque si Ser tal no existiese, yo no me hubiera formado idea de él, pues si esa idea la hubiera forjado yo mismo, también podría no forjámela, lo cual no es verdad; debe, pues, existir fuera de mí un arquetipo del cual provenga esta idea. En este argumento (que como se puede notar, probaría también la existencia de los espíritus y de los hechiceros) el término ambiguo es el pronombre *yo*, que significa en una parte *mi voluntad*, y en otra las *leyes de mi naturaleza*. Si la idea que existe en mi espíritu no tuviese un modelo exterior, la conclusión legítima sería esta: que la he formado yo mismo, es decir, que las leyes de mi naturaleza la produjeron espontáneamente, mas no se concluiría que esa idea fué obra de mi voluntad. Cuando Descartes agrega que no puedo dejar de formar la idea de Dios, quiere decir que no puedo arrojarla de mi espíritu por obra de mi voluntad. No puedo dejar de formar la idea de Dios, como tampoco puedo dejar de formar otra, porque una vez que se ha producido una idea no la puedo hacer desaparecer por una simple volición, pero lo que ciertas leyes de mi naturaleza han producido, lo pueden borrar, y en efecto lo borran, otras leyes, ó las mismas obrando en otras circunstancias."

La palabra *mismo* ha desempeñado y desempeña un papel importante en la genesis del sofisma que estudiamos; unas veces la palabra *mismo* significa que se trata de una sola persona ó cosa, otras veces quiere decir que se trata de dos objetos tan semejantes, que podrían tomarse por uno solo; distinción que habían hecho los escolásticos oponiendo lo que es *lo mismo* en cuanto al número, á lo que es *lo mismo en cuanto á la especie*. La palabra abstracta *identidad*, sinónima de la pala-